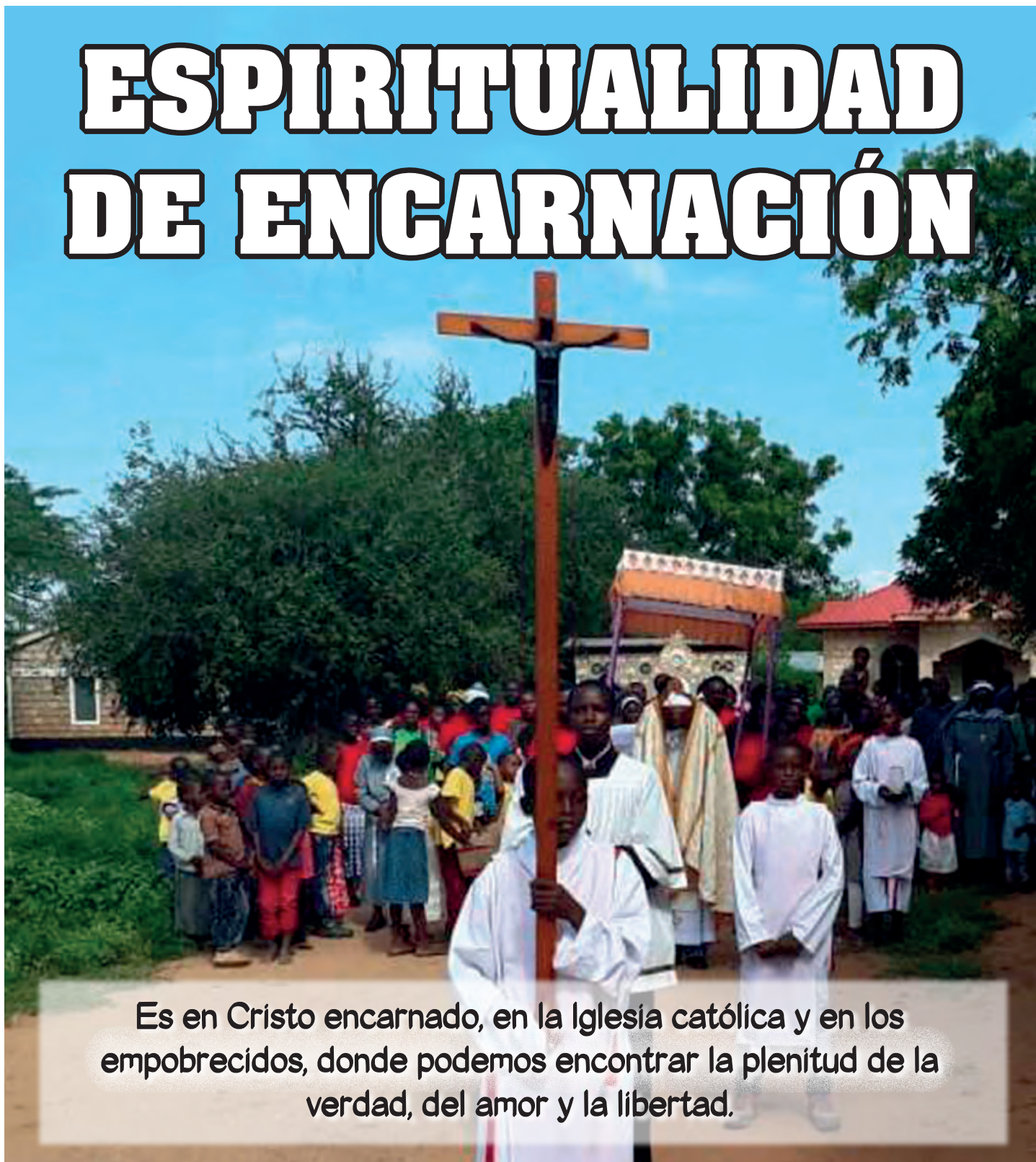


ID Y EVANGELIZAD

Nº122

www.solidaridad.net

ESPIRITUALIDAD DE ENCARNACIÓN



Es en Cristo encarnado, en la Iglesia católica y en los empobrecidos, donde podemos encontrar la plenitud de la verdad, del amor y la libertad.

"La carne es el quicio de la Salvación"

Así de contundente se manifestaba Tertuliano en el siglo III. Y no era una excentricidad de este gran teólogo, sino el sentir de toda la Iglesia que con expresiones similares enfrentaba la ideología gnóstica, que es la primera gran alternativa teórica que sufrió el cristianismo. La gnosis es un sistema de pensamiento y una propuesta de salvación, que supone la ruptura con la historia, con la comunidad eclesial, con la fijación positiva del contenido de la fe y con el cuerpo herido de los pobres, conversos y enfermos. Los gnósticos consideraban que la ciencia y la cultura académica ofrecían una forma de conocimiento superior a la que proponía la Iglesia, que desde siempre ha sido la casa de los creyentes sencillos (que los gnósticos llamaban "carnales") y rechazada, por ende, por los intelectuales y espiritualistas.

La misma prometeica orientación se observa en el pelagianismo, el otro gran enemigo del cristianismo desde su primera hora, porque pone su esperanza en las propias fuerzas y méritos morales: «El mejor incentivo para la mente consiste en enseñarle que es posible hacer cualquier cosa que uno realmente quiera hacer», decía Pelagio a comienzos del siglo V. Actual, ¿verdad? Ahora ya saben de dónde provienen los eslóganes que repiten coaches, publicistas, profesionales de la política y demás portavoces de la nada.

Frente a gnosticismo y pelagianismo, con sus innumerables variaciones, la Iglesia simplemente recuerda lo que está en la Palabra que la constituye: "Muchos seductores han salido al mundo: los que niegan a Jesús como Mesías venido en carne. Esa gente es el seductor y el anticristo" (2 Jn 7). El espiritualismo, el intelectualismo y el voluntarismo moralista son los peores enemigos de la fe cristiana, que es -por su propia naturaleza- encarnada. De hecho, el binomio cristianismo encarnado es un pleonismo; como lo es decir "espiritualidad encarnada".

Consecuente con una fe que se verifica en la carne, otro padre de la Iglesia, Ireneo (siglo II), aclara que solo podemos encontrar a Cristo en la Iglesia católica, la única que puede garantizar que está fundada en la sucesión apostólica y la primacía de Pedro. La fe encarnada exige fidelidad a la Tradición y al Magisterio eclesial. Implica comunión no solo sincrónica (con los creyentes contemporáneos) sino también diacrónica, con los que nos han transmitido el patrimonio de la fe desde hace 2000 años. No es posible cambiar sus principios y orientaciones fundamentales para adaptarse a los caprichos neognósticos y neopelagianos.

En la misma línea, la fe encarnada se recibe y cultiva a través de mediaciones tan toscas y sencillas como el agua, el pan, el vino, el aceite y unos ministros pecadores, que no pocas veces han sido motivo de escándalo, lo cual no impedía que san Francisco de Asís dijese de ellos: «Y no quiero fijarme en si son pecadores, porque yo descubro en ellos al Hijo de Dios, y son mis señores. Y lo hago por esta razón: porque lo único que veo corporalmente, en este mundo, de ese mismo altísimo Hijo de Dios, es su santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás».

Junto con Cristo y su Iglesia, los pobres son la otra manifestación y exigencia necesaria (no opcional) de la fe cristiana. Nuestra relación con ellos, viviendo la caridad política, objetiva la verdad de nuestra adhesión al Señor porque Él los ha constituido como jueces en el más allá y también aquí y ahora. Los pobres reales, con sus aspiraciones, mentalidad y sus luchas. No los que adaptamos a nuestros desvaríos gnósticos y pelagianos.

El Verbo hecho carne, la Iglesia católica y los empobrecidos de la tierra son el quicio de la Salvación.●

Análisis



Espiritualidad de encarnación y *Fratelli tutti*

Luís Argüello

El autor, obispo auxiliar de Valladolid y Secretario de la Conferencia Episcopal Española, nos ofrece en este artículo una propuesta de lectura de la nueva encíclica del Santo Padre en clave de espiritualidad de encarnación. Sin duda, hay otras lecturas posibles, pero esta pone de relieve la gran riqueza teológica y espiritual que la inspira y nos ayuda a engarzar en dicha clave su exhaustivo análisis de la realidad, sus copiosas citas y referencias y su incesante llamada a la conversión.

Somos hermanos porque somos de la misma carne, convivimos en la misma tierra y peregrinamos, como pueblo, en la misma historia. Este triple dato de la experiencia humana, le sirve al Papa para responder a una pregunta implícita – ¿por qué somos hermanos?– en el diálogo con los lectores de la encíclica *Fratelli tutti*. Además los creyentes añadimos: *Dios ha creado a todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos*, como dice el Documento sobre la fraternidad firmado en Abu Dabi el 4 de febrero de 2019 por el papa Francisco y el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, citado en el n.º 5 de *Fratelli tutti*.

El papa Francisco ofrece una antropología relacional e histórica: somos personas con vínculos de pertenencia, no solo individuos independientes y autóno-

mos; convivimos y caminamos como pueblo que tiene raíces y proyectos de futuro, en un pueblo que peregrina en la historia. *Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos* (FT 8). El dato, que es un don, se transforma en un sueño, en proyecto con la fuerza para transformar un mundo cerrado en un mundo abierto. Un ideal que precisa hacerse carne y habitar en ambientes e instituciones.

El prólogo del Evangelio de San Juan en su capítulo 1, versículo 14, es un texto fundante de la espiritualidad de encarnación: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado su gloria, gloria como unigé-*

nito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Se hizo carne y habitó, se hizo carne y puso su morada, entró en la historia en un pueblo, en una cultura, en una forma de entender las relaciones con Dios mismo. Se hizo carne y habitó, se hizo carne en el tiempo, en la historia, en un cuerpo concreto, con una lengua, con una manera de hablar, de cantar, de sentir, de relacionarse con los otros. Se hizo carne y habitó. Además, el prólogo del Evangelio según San Juan es un pregón de la gran Pascua de Jesús. Su paso primero de lo eterno al tiempo, a la carne; la pascua que Jesús vive cuando entra en la muerte, se entrega por nosotros y, resucitado de entre los muertos, llevando en su cuerpo resucitado las marcas de la Cruz, asciende al Padre.

Se hizo carne y habitó, entró en ambientes e instituciones, diríamos con palabras de hoy. Se hizo carne y habitó, con lengua, con relaciones, con trabajo, con la situación social y política de aquel tiempo, de aquella provincia del Imperio romano donde Jesús aprendió, viviendo en Nazaret y en Cafarnaúm, un idioma para poder comunicarse y contar lo que llevaba en el corazón: ¡que Dios es Padre, que sois hermanos, que la Tierra es un hogar! Se hizo carne y así sus entrañas se estremecieron al ver que tantos están despojados y abatidos como ovejas sin pastor. Se hizo carne y experimentó hambre y sed, alegría y llanto, se hizo carne y en su carne se entregó para siempre. Esa carne sigue marcando la travesía en el tiempo como pan, como cuerpo, como llagas en los pobres. El prólogo es un texto que atraviesa el tiempo y nos es propuesto hoy para ser acogido en nuestro contexto.

Fratelli tutti insiste en la importancia de la carne, la compartida por toda persona, *cuando el corazón asume esa actitud, es capaz de identificarse con el otro sin importarle dónde ha nacido o de dónde viene. Al entrar en esta dinámica, en definitiva experimenta que los demás son «su propia carne»* (Is 58,7) (FT 84); la carne del otro a quien estamos llamados a servir: *«El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos “la padece” y busca la promoción del hermano»* (FT 115); la carne que nos une a toda la humanidad: *Cada violencia cometida contra un ser humano es una herida en la carne de la humanidad* (FT 227); la carne en la que reconocemos al mismo Cristo que juzga la historia: *Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido* (cf. Mt 25,40.45) (FT 85).

También la encíclica resalta la otra dimensión de la encarnación, la que reconoce la carne humana en su dimensión relacional e institucional, pues forma parte de un pueblo que camina en la historia, habita en la casa común y tiene el desafío de organizar la convivencia con instituciones sociales, económicas y políticas. *«Una tierra será fecunda, un pueblo dará fruto y podrá engendrar el día de mañana solo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman»* (FT 53).

La encíclica nos ofrece unas cuantas pistas para hacer de la

espiritualidad de encarnación un ejercicio de caridad política.

Conversión

La tendencia constante al egoísmo humano que forma parte de aquello que la tradición cristiana llama «concupiscencia»: la inclinación del ser humano a encerrarse en la inmanencia de su propio yo, de su grupo, de sus intereses mezquinos. Esa concupiscencia no es un defecto de esta época. Existió desde que el hombre es hombre y simplemente se transforma, adquiere diversas modalidades en cada siglo, y finalmente utiliza los instrumentos que el momento histórico pone a su disposición. Pero es posible dominarla con la ayuda de Dios (FT 166).

Solidaridad

[...] *«como virtud moral y actitud social, fruto de la conversión personal, exige el compromiso de todos aquellos que tienen responsabilidades educativas y formativas»* (FT 114). *«Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares»* (FT 116).

Asociación

Porque un individuo puede ayudar a una persona necesitada, pero cuando se une a otros para generar procesos sociales

de fraternidad y de justicia para todos, entra en «el campo de la más amplia caridad, la caridad política» (Pío XI, Discurso a la Federación Universitaria Católica Italiana (18 diciembre 1927). Se trata de avanzar hacia un orden social y político cuya alma sea la caridad social. Una vez más convoco a rehabilitar la política, que «es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (Evangelii gaudium, 205) (FT 180).

Promoción por el trabajo frente a subvención

El gran tema es el trabajo. Lo verdaderamente popular –porque promueve el bien del pueblo– es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna. Por ello insisto en que «ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo» (Laudato si', 128) (FT 162).

[...] «hay que reafirmar el derecho a no emigrar, es decir, a tener las condiciones para permanecer en la propia tierra» (Benedicto XVI, Mensaje para la 99.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado) (FT 38).

Caridad política, dimensión institucional

La verdadera caridad es capaz de incorporar todo esto en su entrega, y si debe expresarse en el encuentro persona a persona, también es capaz de llegar a una hermana o a un hermano lejano

La espiritualidad de encarnación es la posibilidad real de vivir según el Espíritu en la carne de nuestro ser personal y eclesial, en la carne de la Historia del mundo, especialmente donde se muestran las llagas del cuerpo, en la carne de los empobrecidos.

e incluso ignorado, a través de los diversos recursos que las instituciones de una sociedad organizada, libre y creativa son capaces de generar. Si vamos al caso, aun el buen samaritano necesitó de la existencia de una posada que le permitiera resolver lo que él solo en ese momento no estaba en condiciones de asegurar (FT 165).

Hay además un amor «imperado»: aquellos actos de la caridad que impulsan a crear instituciones más sanas, regulaciones más justas, estructuras más solidarias. De ahí que sea «un acto de caridad igualmente indispensable el esfuerzo dirigido a organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo no tenga que padecer la miseria» (Compendio de la doctrina social de la Iglesia, 208) (FT 186).

El ideal o sueño de fraternidad que el Papa presenta ha de realizarse en medio de un mundo sombrío y cerrado. El papa quiere poner en relación el ideal evangélico y humano con la realidad. Así la amistad social y la fraternidad universal han de renovar:

- El avance de este globalismo favorece normalmente la identidad de los más fuertes que se protegen a sí mismos, pero procura licuar las identidades de las regiones más débiles y pobres, haciéndolas más vulnerables y dependientes. De este modo la política se vuelve cada vez más frágil frente a los poderes económicos transnacionales que aplican el «divide y reinarás» (FT 12).

- La pérdida del sentido de la historia que disgrega todavía más. Se advierte la penetración cultural de una especie de «deconstruccionismo», donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero (FT 13).

- Las nuevas formas de colonización cultural. No nos olvidemos que «los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebatase el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política» (Card. Raúl Silva Henríquez, S.D.B., Homilía en el Tedeum en Santiago de Chile (18 septiembre 1974) (FT 14).

- La mejor manera de dominar y de avanzar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante, aun disfrazada detrás de la defensa de algunos valores. Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de exasperar, exacerbar y polarizar (FT 15).

- El descarte mundial. Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin

límites (FT 18). *La falta de hijos, que provoca un envejecimiento de las poblaciones, junto con el abandono de los ancianos a una dolorosa soledad, es un modo sutil de expresar que todo termina con nosotros, que sólo cuentan nuestros intereses individuales* (FT 20).

- «En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre» (FT 22).

- *Situaciones de violencia van «multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una “tercera guerra mundial en etapas”»* (FT 25).

- *Reaparece «la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para*

evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas» (FT 27).

- *En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas* (FT 30).

- «*En algunos países de llegada, los fenómenos migratorios suscitan alarma y miedo, a menudo fomentados y explotados con fines políticos. Se difunde así una mentalidad xenófoba, de gente cerrada y replegada sobre sí misma*» (Christus vivit, 92) (FT 39).

Como clave el Papa señala: «*se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana*» (FT 31).

El papa Francisco pone en relación, en los dos primeros capítulos de la encíclica, este mundo cerrado, así como la inextirpable sed de plenitud enraizada en lo

profundo del ser humano, con la iluminación que el Evangelio realiza de este anhelo de vida lograda. Es posible caminar en esperanza. La arquitectura de *Fratelli tutti* tiene como cimiento la pertenencia compartida de todos y cada uno a la carne, la tierra y la historia y, como vértice, el bien común de la familia humana que surge de la propia fraternidad, como verdad afirmada e ideal que moviliza para pensar y gestar un mundo abierto. El fuego de hogar de este edificio es la lógica del Buen Samaritano que sale de sí y se hace prójimo. De esta manera se construye un «nosotros», que en sucesivos círculos va más allá, desde lo local a lo universal.

Para organizar la casa común, el Papa afirma el destino universal de los bienes y el derecho de personas, familias y empresas a tierra, techo y trabajo, con una propiedad privada legítima y abierta a su función social. Instrumentos para encarnar este sueño de un mundo abierto y fraterno son el corazón abierto que acoge





Celebración Eucarística en Kiwanja, Congo.

a los que llegan y se preocupa de hacerse prójimo con la virtud de la solidaridad; el diálogo fundado en la verdad que propicia encuentro y amistad social, y la caridad política para realizar la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común. Es una tarea histórica en la que se producen conflictos y heridas que precisan caminos de reencuentro que comiencen, en memoria penitencial, del reconocimiento de los hechos, las propias responsabilidades y se abran a la justicia y al perdón que haga posible la reconciliación sobre todo con los últimos.

La espiritualidad de encarnación trata de hacer verdad algo que está propuesto ya desde el comienzo mismo de la vida de la Iglesia, vivir según el Espíritu, en la carne. Dejar que esta propuesta que está en el corazón de la pretensión cristiana sea posible.

La Iglesia, por tanto, está llamada a entrar en el mismo camino de su Señor y pasar por el pesebre y por la cruz para evangelizar a los pobres y acogerlos en su propio seno.

Cristo, que es el Dios vivo hecho carne, sigue siendo una realidad en la Historia, en el tiempo a través del propio Cuerpo vivo de Jesús resucitado, en cada uno de nosotros desde el Bautismo. La espiritualidad de encarnación es la posibilidad real de vivir según el Espíritu en la carne de nuestro ser personal y eclesial, en la carne de la Historia del mundo, especialmente donde se muestran las llagas del cuerpo, en la carne de los empobrecidos.

Hay otros textos de la Escritura y del Magisterio de la Iglesia que nos ayudan a comprender lo que queremos decir con espiritualidad de encarnación. Por citar del Nuevo Testamento sólo dos textos que añadir al Prólogo de San Juan ya citado:

El gran protocolo del Evangelio según san Mateo, cap. 25, versículos 31 al 46. «Porque tuve hambre

y me disteis de comer, porque tuve hambre y no me disteis de comer; Señor, cuando te vimos hambriento, o desnudo, o en la cárcel, y no te socorrimos, o sí te socorrimos, cuando me visteis en alguno de aquellos mis pequeños hermanos y lo hicisteis o no lo hicisteis». Dice el Papa Francisco en *Gaudete et exultate* que este gran protocolo es una página de cristología que ilumina el misterio de Cristo en el tiempo, para acoger su presencia real entre nosotros también hoy. Mt. 25, 31-46, el gran protocolo para reconocer la presencia de Jesucristo hoy, de reconocer su carne, de reconocer su cuerpo, de reconocer sus llagas: los hambrientos, los sedientos, los migrantes, los desnudos, los sin techo, los encarcelados... como una referencia inexcusable para quien quiere vivir la senda de los discípulos misioneros, la pertenencia bautismal a la Iglesia, la comunión de su cuerpo en la Eucaristía. El reconocimiento de su presencia en el tiempo, en la calle... juzgando la historia, diciéndonos que «algo no va bien de nuestro plan», cuando tantos pasan hambre, cuando tantos carecen de lo imprescindible para

reconocer la dignidad de los hijos de Dios.

Filipenses 2, 6-8: *Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse a la muerte, y una muerte de cruz. El santo concilio Vaticano II en *Lumen Gentium*, Constitución sobre la Iglesia, en el n.º 8, comenta este cántico que la Iglesia proclama todos los domingos en las Primeras Vísperas: *Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino, a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de esclavo, y por nosotros se hizo pobre siendo rico; así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena sino para proclamar la humildad y la abnegación también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido; así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procurar servir en ellos a Cristo. Pues mientras Cristo, santo, inocente, inmaculado, no conoció el pecado, sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia encierra**

en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación.

La Iglesia, por tanto, está llamada a entrar en el mismo camino de su Señor y pasar por el pesebre y por la cruz para evangelizar a los pobres y acogerlos en su propio seno; ha de disponer la casa en un camino de bajada por la pobreza y la persecución, por la humildad y el sacrificio, para que así verdaderamente sea morada dispuesta para acoger a los humillados, a los empobrecidos y a las víctimas.

Es un coloquio al que es invitada la Iglesia porque es el coloquio del Hijo: para acogernos a nosotros, pecadores, se hizo pecado. Para acoger a los humillados, empobrecidos y sacrificados, en su misma carne realiza y encarna la humildad, la pobreza y el sacrificio.

La espiritualidad de encarnación, haciendo este camino de bajada con Jesús, supone encarnar las virtudes de Cristo: humildad, pobreza y sacrificio, en coloquio de conversión con las tendencias reconocidas de nuestro corazón. En la carne, la vida del Espíritu nos acompaña para que podamos ser humildes y pobres, para que podamos amar entregando la vida en sacrificio. La espiritualidad de encarnación quiere ayudarnos a desapegarnos del amor propio, a vencer a los atractivos del dinero, a no tener miedo a la muerte, por eso, el bautismo nos da la posibilidad de vivir las mismas virtudes de Cristo.

El Bautismo nos da la oportunidad de encarnar las virtudes de Cristo, como también de ser

La espiritualidad de encarnación, haciendo este camino de bajada con Jesús, supone encarnar las virtudes de Cristo: humildad, pobreza y sacrificio, en coloquio de conversión con las tendencias reconocidas de nuestro corazón.

cuerpo de Cristo y alimentar este ser en la Eucaristía, para hacer de este «nosotros» un ejercicio carnal de comunión de vida, de comunión de bienes y de comunión de acción.

Esta es nuestra vocación para ser heraldos de la fraternidad, ser cuerpo de Cristo: comunión de vida en el corazón de Cristo; comunión de bienes en el Reino de Dios; comunión de acción en la vida apostólica; la vida de liberación para la comunión; el combate espiritual; la militancia cristiana que ayude a romper los muros y las cadenas que impiden la comunión de la familia humana y que, por tanto, impiden que la humanidad pueda reconocerse como familia de hijos e hijas de Dios, mientras peregrinamos hasta que Él vuelva.

Parece triunfar un capitalismo del descarte, la vigilancia, el trabajo precario y la subvención. Peligran la libertad y la igualdad. No esperemos todo de los que nos gobiernan, comencemos «de abajo y de a uno», hasta el último rincón de la patria y el mundo. Soñemos como una única humanidad, cada uno con su propia voz, todos hermanos. Muchos que nos reconocemos hijos en el Hijo y llamamos a Dios Padre, queremos ser signo e instrumento de este proyecto entusiasmante.●

Guillermo Roviroso, maestro de la espiritualidad de encarnación

Carlos Ruiz

Guillermo Roviroso es uno de los principales maestros contemporáneos en la espiritualidad de encarnación. El rigor teológico y filosófico, la profundidad de sus escritos y, sobre todo, la vivencia radical del Evangelio son los hilos con los que tejió una obra vibrante y cautivadora, muchas veces ignorada por la radicalidad de sus planteamientos. El autor, sacerdote misionero y teólogo, nos presenta, de forma sintética, las principales aportaciones de Roviroso a la espiritualidad de encarnación.

Encarnación es unir amor y verdad

El fin y la consumación de toda la realidad y, por tanto, de la persona humana, recuerda Roviroso en consonancia con la teología patristica, es el Amor Trinitario; para acceder a dicho Amor sólo tenemos un camino: la verdad, entendida como la adecuación de nuestro conocimiento con la realidad. Según esto, lo volitivo es inseparable de lo cognitivo y de lo ontológico. La antigua discusión sobre si es más importante el conocer a Dios o el amarlo, le parece capciosa, ya que son dimensiones consustanciales la una a la otra: la una (amor), fin y la otra (el conocimiento), medio. Ambas crecen o disminuyen correlativamente.

Roviroso está marcado por tres datos biográficos que van a determinar su epistemología y su método espiritual: la herencia paterna, que desde pequeño le hizo «fanático por la verdad» y desarrolló en él un rechazo instintivo a la simulación y a la hipocresía; su formación y su mente científica, que le impedía aceptar algo que no fuese plausible y riguroso; su experiencia y opción por la clase obrera, que le impregnó de la cultura del trabajo manual asalariado.

Partiendo de la epistemología tomista, Roviroso defenderá que las ideas que vayamos elaborando en cualquier orden, también en el espiritual, deben formar una sola entidad con los hechos. La síntesis entre el material que nos ofrecen los hechos y la reflexión sobre ellos es la experiencia, que es la vida

reflexionada, personal y comunitariamente. Para evitar el subjetivismo, la propia experiencia tiene que contrastarse con la meta-experiencia que nos aporta la Iglesia, madre y maestra. Para los cristianos, la verdad esencial es «Alguien», con quien hay que compenetrarse, hasta no formar más que una sola entidad. La estatua perfecta que hay en el bloque de nuestro corazón de piedra es Cristo, por quien y para quién hemos sido creados; la vida espiritual consiste en ir desprendiendo y eliminando todo lo que la recubre para que aparezca en todo su esplendor, y reine con su Corazón de carne en nuestro propio corazón.

Estos principios tienen como consecuencia una epistemología y espiritualidad esperanzadas por naturaleza, ya que parten de que la verdad sobre el mundo, sobre el hombre y sobre Dios, va desplegándose incesante y progresivamente como verdadero germen vital que guía a la historia y a la humanidad. Dicha verdad, además, nos es accesible sin más condiciones que la propia buena voluntad y un esfuerzo proporcionado a nuestras posibilidades.

Este proceso no es homogéneo, sino que a veces la humanidad se estanca, satisfecha de la penumbra en que se encuentra, creyendo que está en plena luz. Entonces aparecen providencialmente los grandes errores, las grandes herejías (como ángeles de luz) que atraen a las multitudes y obligan a un posicionamiento en la parte contraria, coadyuvando así al triunfo de la verdad.

La autenticidad de la vida espiritual implica, como condición *sine qua non*, la búsqueda de la verdad y de la honradez en todas las realidades humanas y asuntos temporales. La espiritualidad que Guillermo Roviroso cultivaba desde y entre los más pobres partía de conocer las cosas tal como son: sin deformaciones, ni tergiversaciones; ni hinchadas, ni empequeñecidas. Intentando verlas –ni más ni menos– tal como las ve Dios. Uno de los primeros pasos a dar en esta progresiva identificación con la Verdad de Cristo es empe-

zar por llamar a las cosas por su nombre verdadero, rechazando la manipulación del lenguaje que hace la espiritualidad propia de la mentalidad burguesa, la cual tergiversa los principales términos del Evangelio con el fin de vaciarlos de contenido. Como fruto del predominio durante bastante tiempo de esa falsa espiritualidad, en la conciencia del pueblo cristiano se han ido acomodando expresiones que no tienen otro fin que esconder la verdad de nuestras inconfesables intenciones. Por ejemplo, nos hemos acostumbrado a decir: «he hecho lo que he podido», que en realidad significa «hacer lo que me da la gana».

Encarnación es conocer a través de las manos

Rovirosa prodigaba la original teoría de que el principal órgano del entendimiento humano son las manos, ya que el hombre es imagen de Dios, que es –al mismo tiempo– Sabiduría y Creador, Verdad y Poder. Precisamente en esta identidad reflectora del poder creador de Dios, reside la dignidad del trabajo humano, en el cual las manos son siempre esenciales. Como cada hombre es una «encarnación» de su profesión respectiva, será tanto más persona cuanto mejor se compenetren sus manos y su entendimiento, en el doble afán de proyectar la persona en la sociedad que le rodea para influir en ella y en el sentido de captar todo lo que existe fuera de sí mismo, enriqueciendo su personalidad con cuantas aportaciones se incorporen a su entendimiento. El entendimiento, a través de los sentidos, percibe y «elabora» el mundo que le rodea. Las manos (escribiendo, labrando, manejando una herramienta, bendiciendo, mendigando...) influyen y dan sentido a toda colectividad humana. Esta mediación de las manos, que es la prueba de oro para verificar nuestro deseo, es la única manera de pasar de la tiranía de las intenciones y del subjetivismo, al reinado de los hechos. El testimonio de Cristo es, también aquí, la referencia: «Por los frutos se conoce al árbol». Y los frutos del hombre son siempre las obras de sus manos. El prototipo en esto –como en todo– hay que buscarlo en el taller de Nazaret. Allí está el Verbo -Entendimiento- de Dios «labrando la madera».

Rovirosa debe este planteamiento, en gran parte, a la cultura obrera propia de su tiempo en la que voluntariamente se encarnó, pues la mentalidad específica de esta cultura está determinada por el trabajo manual de sus componentes; y el trabajo manual no admite mentira: si se quiere trabajar el hierro como si fuera plomo, se fracasará. Esto crea en el trabajador auténtico una conciencia de verdad

que se va haciendo consustancial con su vida. Nuestro autor eleva esta experiencia de la clase obrera a categoría universal.

Gran parte de estas reflexiones fueron compendias en su escrito *Elogio de las manos*, definido por Carlos Díaz como un «bellísimo ensayo filosófico a favor del hombre integral y corporal» por sus afirmaciones de profunda calidad epistemológica. De aquí extrae la necesidad de colaboración entre los intelectuales (incluyendo a los teólogos) y los obreros, ya que estos están colocados en una posición única para «ver» (al contrario de los intelectuales, que todo les llega refrito) y pueden establecer «proposiciones menores» en el terreno social con precisión, exactitud y veracidad. El problema es que los intelectuales suelen creer que esta colaboración es una humillación para ellos: «Están demasiado acostumbrados a subir a lo alto de su cátedra, y desde allí dispensarnos a nosotros (los de tercera) la limosna de su altísima sabiduría».

Lo anterior no nos debe llevar al equívoco de pensar que Rovirosa propugnase la prioridad de la acción o de lo pastoral sobre los principios o la teología; al contrario, como se recoge en este párrafo de una de sus cartas, él siempre planteaba que lo más importante es tener claro los principios: «El hacer tiene que ir detrás del pensar, como en una buena encuesta. No pienses tanto en hacer y piensa más en pensar. El hacer te lo irá poniendo la providencia delante de la nariz y no tienes que preocuparte más que de ser fiel a tu Bautismo».

Encarnación es hacer de la Cruz y los pobres la clave heurística y hermenéutica de la verdad

Otra seña de identidad de la espiritualidad de encarnación es el rechazo del dualismo, sea ontológico, epistemológico o moral. Rovirosa subraya que el cristiano debe tener una sola forma de afrontar todo: la teologal, es decir, la que ve, juzga y actúa sobre las cosas y los acontecimientos de acuerdo al Plan de Dios, a la «mente de Dios». Este planteamiento no minimiza el alcance de la vía estrictamente racional o científica, sino que la desarrolla al máximo, según el propio deseo de Dios. El fundamento de lo que podría llamarse «clave hermenéutica teologal» es que Dios es el Origen de todo y, como Verdad absoluta que es, ha dejado su huella de verdad en todas las cosas. Únicamente Dios encarnado, la Sabiduría hecha carne, podía darnos la Verdad total, la Verdad más grande, más alta, más ancha y más profunda,



Militantes cristianos pobres con las ediciones Voz de los Sin Voz.

de la que derivan necesariamente todas las demás verdades que el hombre conoce, y las que todavía desconoce, al decirnos con su Vida y con sus palabras: *Dios es Amor* o, lo que es lo mismo, Dios es Trinidad.

Afirmar que la esencia divina es el Amor no tiene sólo repercusiones religiosas, sino que plantea un cambio epistemológico radical que afecta a todos los aspectos de la vida. Desde esta nueva perspectiva se concluye que todo tiene un sustrato trinitario y que el mundo, la persona, la historia, el Cosmos... sólo se entienden en un plano tridimensional, el que forman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Todo se deriva de aquí y sin esto nada es inteligible. Con la luz que proviene del Dios Amor o del Amor de Dios, la razón pura puede superarse y entender el sentido profundo de las cosas; de lo contrario, permanecerá como mero indicador en el camino, pero sin llegar a ninguna meta. Por eso, decimos que la epistemología rovirosiana es trinitaria, precisamente por ser crística. La deducción lógica de esto es su afirmación categórica de que: «los errores políticos y sociales son errores teológicos» (Gremio de Teología Social).

Rovirosa era un entusiasta de las Bienaventuranzas porque en ellas, afirma, Dios manifestó su verdadera sabiduría; y la revelación más clara de su poder fue la Pasión y el Calvario, que se levantan victoriosos, invirtiendo el orden de los tiempos, sobre la Resu-

rrección. Lo cual tiene derivaciones para todos los planos de la existencia; por ejemplo, la máxima de los judíos que dice «el temor de Dios es el principio de la sabiduría» hay que interpretarla –a la luz de Cristo– como: «El AMOR de Dios es TODA la Sabiduría». Y ese Amor, del que nace todo conocimiento, es –en el orden actual– constitutivamente Amor crucificado; por tanto, la Cruz de Cristo se convierte en la cátedra universal del verdadero conocimiento. Universal porque abarca a todos (todo ser humano es sufriente, por naturaleza) y porque es clave interpretativa de todo lo real.

Esto nos hace dar otro paso de graves consecuencias para la espiritualidad: si el Amor está Crucificado, sólo entenderán sus lecciones quienes compartan su dolor, bien porque acepten por solidaridad el que les proporciona la vida, bien porque lo comparten con los crucificados de hoy día: «Se comprende que el diálogo ha de ser mucho más fácil y directo entre el Gran Crucificado y otro que también está clavado en una cruz, que entre Cristo en la Cruz y un interlocutor sentado cómodamente», decía Guillermo. Desde la vida instalada, desde la búsqueda del poder o de las alabanzas humanas, es imposible descubrir la verdad, ya que la gran paradoja del cristianismo, que ha desconcertado, que desconcierta y que desconcertará siempre a la razón humana, es, precisamente, la de vencer a la fuerza con la debilidad, al poder con la

mansedumbre y a las leyes con el amor. Para Rovirosa esto tiene la fuerza de la constatación de los hechos.

Por eso los pobres –en cuanto crucificados– son lugar heurístico y hermenéutico, es decir, sin ellos no hay acceso a la verdad y a su comprensión. A la verdad no se llega sino por la compasión y la colaboración, tanto con los sufrientes contemporáneos como con los antepasados y los que vendrán; por eso, la verdad no se puede imponer, ya que es consustancial con la libertad: «Van tan del brazo la verdad y la libertad, y se complementan tanto la una a la otra, que puede decirse que se es libre en la medida que se posee la verdad y viceversa.»

El espíritu de Encuesta como consecuencia de la espiritualidad de Encarnación

Todo lo anterior se encarna en el llamado «método de Encuesta», que Rovirosa diseñó para cultivar la espiritualidad de encarnación de los militantes cristianos pobres. El objetivo del método es amar o «ac-

tuar» correctamente (en lo físico y en lo metafísico) como resultado de «ver» con claridad los problemas en todas sus facetas según la fe y de «juzgar» lúcida-mente sus causas y efectos de acuerdo a la memoria colectiva de la Iglesia y la historia.

Como la realidad que se observa y en la que hay que actuar es, objetivamente, dinámica, no valen las conclusiones de laboratorio o estandarizadas. Esto supone que la visión del militante cristiano es la de un despliegue. No se trata de extender la mirada sobre un mundo estático, sino sobre el mundo real, en renovación permanente, determinado en parte por el pasado, pero en marcha inexorable hacia el futuro. Quien no anda metido en la trama y en la urdimbre de la historia, queda rezagado. Para esto hace falta una mirada limpia, amplia y confiada en nuestra capacidad para hacer encuestas correctas, ya que Dios ha puesto en nuestras manos el mundo y los medios necesarios para transformarlo según su Plan salvador. No cabe, pues, una actitud pesimista o de duda sistemática ante las posibilidades humanas.●

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"



Nombre

DNIe-mail.....

C/ nº piso

Localidad Provincia CP

Tlf fijo Tlf móvil

Deseo suscribirme a las Ediciones "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
 - como AMIGO 24 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
 - como COLABORADOR 15 € / 1 año
 - como AMIGO 30 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
 - como AMIGO 24 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS**
 - (5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
 - como COLABORADOR 15 € / 1 año
 - como AMIGO 30 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA
ES	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Titular de cuenta:

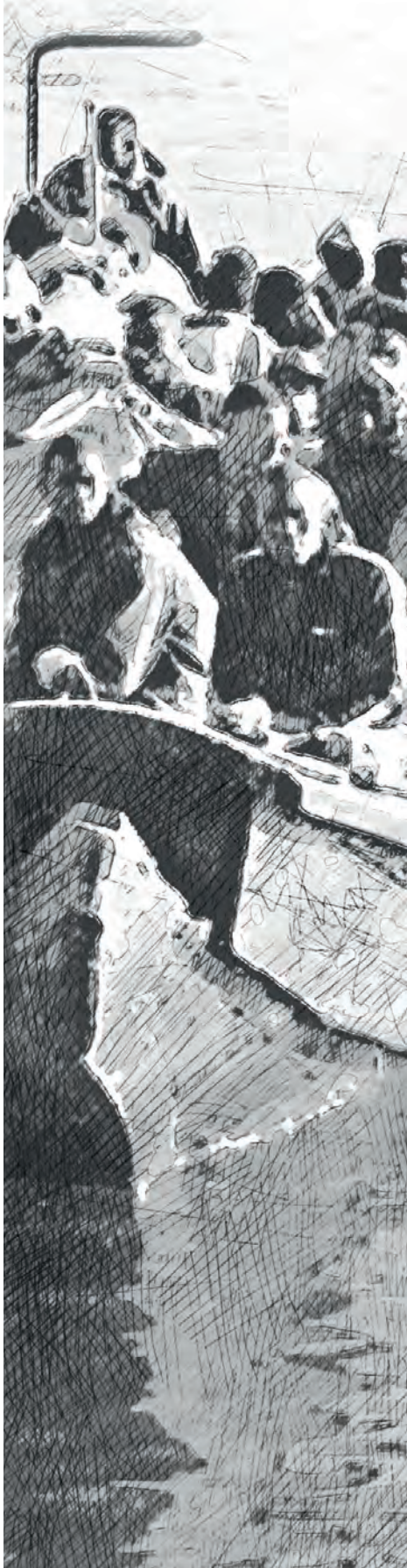
DNI: Firma:

Fecha:.....

Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86
 email: administracion@solidaridad.net

Historia



La catedral de los pobres

Cristina Fuentes

La Sagrada Familia es el fruto de una larga historia de generosidad, de entrega y de ilusión. Este artículo, extracto del libro «Antonio Gaudí» de Gijs Van Hensbergen, nos permite atisbar el que fuera gran logro de amor de su arquitecto, Antonio Gaudí (1852-1926): superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Recogiendo las palabras del papa emérito Benedicto XVI en su homilía de consagración del templo, Gaudí «quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros de los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la Naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la Liturgia. Introdujo piedras, árboles y vida humana dentro del templo, para que toda la creación convergiera en la alabanza divina, pero, al mismo tiempo, sacó los retablos afuera, para poner ante los hombres el misterio de Dios revelado en el nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. De este modo, colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo».

Tras los años de escasez de la guerra, la figura de Gaudí se fue volviendo cada vez más irrelevante para los arquitectos más jóvenes.

Para 1918 solo quedaba ya un proyecto: el templo expiatorio de la Sagrada Familia, y como Gaudí había llegado al fin a un estilo únicamente suyo, se dedicó por entero a ese edificio y a la mayor gloria de Dios.

La Sagrada Familia había supuesto una parte importante de la vida de Gaudí y un trabajo de muchos años, pero casi desde el principio había resultado una amada exigente. Gaudí no solo era responsable de proyectar el

edificio, sino que en ocasiones tenía que trabajar también de recaudador de fondos. El progreso del edificio durante sus primeros treinta y seis años, de 1882 a 1918, no se había visto precisamente exento de complicaciones.

La cripta, de forma neogótica, quedó acabada en 1891.

Para 1900 la primera fachada de crucero, la del Nacimiento, y una sección del muro exterior del claustro y de la capilla del Rosario se habían completado. Dieciocho años más tarde el equipo de Gaudí, trabajando con extraordinaria atención al detalle, no había llegado más allá del interminable perfeccionamiento de las ideas y maquetas para la nave central y el crucero, y a dibujar la fachada opuesta de la Pasión. Sobre la fachada del Nacimiento, sin embargo, se erigían lentamente cuatro torres campanarios circulares. La primera de éstas, completada en 1918, tenía una cubierta de mampostería perforada como un panel con huecos asimétricos de ventanas que ascendían en lenta espiral. Vista desde lejos parecía exactamente una desmesurada adaptación de las frágiles caracolas escalonadas que se encontraban en la costa catalana. Para cuando murió Gaudí, la torre de san Barnabás, cubierta de un mosaico chillón de cristal de Murano, sería la única acabada.

Para 1912, bajo el nuevo obispo, doctor Laguarda, comenzaron a correr rumores que sugerían la inmediata ratificación de un decreto que transformaba la Sagrada Familia en una mera iglesia parroquial. Ello, más los rumores de que la salud de Gaudí empeoraba por momentos, supuso un motivo serio de preocupación.

Gaudí estaba muy orgulloso de la peseta que llevaba la mayoría de las

mañanas a la Sagrada Familia como donativo de una tienda del barrio. El sufrimiento y la abnegación eran elementos esenciales en la química de esa iglesia.

A lo largo de los años, incluso en vida de Gaudí, la Sagrada Familia se había convertido en un lugar de peregrinaje.

La más tragicómica de todas, sin embargo, sería la visita del filósofo Miguel de Unamuno en 1906. Unamuno fue recorriendo el emplazamiento lentamente, mientras farfullaba en castellano: «¡No me gusta! ¡No me gusta!» Unos pasos detrás de él, Gaudí iba imitando cada uno de sus movimientos. «¡No li agrada! ¡No li agrada!», repetía en catalán. Gaudí nunca se había esforzado un ápice en darse publicidad. Con el apoyo de Unamuno su fama y

aceptación en España podrían haber llegado bastante antes.

La jornada acabó de forma más bien extraña, con los dos hombres habiendo enterrado al fin sus diferencias y sentados frente a frente al escritorio de Gaudí en el estudio, mientras el rector de Salamanca hacía gala de sus dotes con la papiroflexia y le hacía al arquitecto unas perfectas pajaritas de papel. Gaudí las guardaría como un tesoro durante el resto de su vida, pero al oír las campanas del ángelus pondría fin a la visita de Unamuno.

Durante décadas Gaudí había orquestado y perfeccionado los arreglos litúrgicos precisos para el contenido y el espacio simbólicos de la Sagrada Familia.

En cada esquina del emplaza-



Gaudí en la procesión de Corpus Christi (11 de junio de 1924).

Gaudí hizo lo que Goya y El Greco antes que él: ilustrar de forma precisa la realidad plástica del mundo espiritual.

miento, y coincidiendo con los puntos cardinales, se colocó un obelisco para simbolizar los cuatro períodos de ayuno del año católico. Como acompañamiento de los obeliscos habría también una fuente gigantesca y una monstruosa linterna que simbolizaban la purificación mediante el agua y el fuego.

La arquitectura de Gaudí era, pese a su apariencia superficialmente fantástica, profundamente literal en un sentido que no se había visto en

Europa desde cientos de años atrás. Gaudí hizo lo que Goya y El Greco antes que él: ilustrar de forma precisa la realidad plástica del mundo espiritual. En cierta ocasión diría que «el oído es el sentido de la fe y la vista es el sentido de la Gloria, porque la Gloria es la visión de Dios. La vista es el sentido de la luz, del espacio, de la plasticidad, la visión es la inmensidad del espacio; ve lo que hay y lo que no hay». La Sagrada Familia ilustraba esa ilusión a la perfección. El templo se había

proyectado no solo como intermedio entre el cielo y la tierra, sino también como campo de batalla de los sentidos. Gaudí comprendía muy bien el efecto psicológico y la importancia del sonido, en particular en los edificios religiosos.

El color también desempeñaría su papel. Concebía el exterior de la Sagrada Familia como un brillante himno policromo a la gloria del Señor.

Al igual que en la Colonia Güell, Gaudí construyó un taller a fin de desarrollar en él las nuevas técnicas que la fachada requería. Un gran estudio de dibujo se unía a un



Joaquim Mir, *La catedral dels pobres* (1898). Fue el propio Gaudí el que llamaba de este modo al templo, inspirando así la obra del pintor.

estudio fotográfico con techo móvil para permitir la utilización de la luz natural. Había otra sala lo bastante alta para albergar la maqueta de la nave del templo, de una escala 1:10, y una habitación con maquetas más pequeñas. Al fondo había una pequeña habitación, atiborrada de planos y rollos de papel, que contenía un estrecho catre de hierro, en el que Gaudí dormiría durante los últimos nueve meses de su vida.

Cuando preparaba la decoración de la fachada, lo que Gaudí quería era una copia exacta de la naturaleza, de modo que recorrió la parroquia durante años en busca de los modelos apropiados. Copiar las obras de Dios suponía la más alta forma de alabanza y era muestra de la humildad del artista. Andaba en busca de gente que pudiera posar como Cristo, José, la Virgen María y todos los santos y ángeles. El portero alcohólico, Josep, sería Judas. Gutiérrez, un cabrero barrigón, Poncio Pilato. Cuando se hacía difícil localizar modelos, Gaudí encontraba la nobleza requerida en los rostros y cuerpos de su personal. Un escultor se convirtió en Simón, un transportista de piedra en el apóstol Tadeo.

Para principios del año 1920, la jornada de Gaudí consistía en una rutina inalterable: misa matutina, trabajo en la Sagrada Familia, confesión y vuelta a casa a meterse en la cama.

Gaudí caminaba tranquilamente todos los días a través de la creciente tormenta política, distanciándose de un mundo que quizá aún pudiera encontrar en el último momento la salvación en su iglesia. La gente cruzaba de acera cuando le veía venir, temiendo que les pidiera dinero. Unas cuantas pesetas más tal vez sirvieran para pagar los salarios de la semana siguiente.

La gente cruzaba de acera cuando le veía venir, temiendo que les pidiera dinero. Unas cuantas pesetas más tal vez sirvieran para pagar los salarios de la semana siguiente.

Pese a todos sus intentos de permanecer al margen de la refriega política, Gaudí se vio finalmente arrastrado a ella. El coup d'état que Primo de Rivera había dado con éxito en septiembre de 1923, había producido una serie de leyes que tendrían repercusiones directas en el cerrado mundo catalán de Gaudí. Uno de los primeros actos de vandalismo cultural fue la retirada de las farolas ornamentales de Gaudí, que celebraban el centenario de Jaume Balmes, de la plaza principal de Vic.

En el otoño de 1925 Gaudí decidió al fin trasladarse al estudio en la Sagrada Familia. Cada vez más parecido al proverbial «pobre diablo», continuó cruzando la ciudad al atardecer hasta San Felipe Neri para ver a su consejero espiritual Agustí Mas y luego visitar al doctor Santaló.

El lunes 7 de junio de 1926, a las 5.30 en punto, Gaudí salió de la Sagrada Familia para recorrer andando los tres kilómetros hasta San Felipe Neri. Al marcharse impartió su última orden del día: «Vicente, mañana venid temprano que haremos cosas muy bonitas».

Justo pasadas las seis, según el informe de la compañía de tranvías, el número 30, incapaz de aminorar la velocidad, atropelló a quien el conductor describió como un vagabundo borracho. Deteniéndose brevemente, se hizo a un lado al vagabundo y el tranvía continuó con su trayecto.

Dos peatones acudieron a ayudar a la víctima, a quien le sangraba un oído, pero ninguno de ellos recono-

ció al famoso arquitecto de la Sagrada Familia. No llevaba documentos encima, sólo un puñado de pasas y nueces en el bolsillo.

En el dispensario una vez más no fue reconocido, y se le registró en la lista de admisiones como Antonio Sandí. Destinado a la cama 19 de una sala pública, pasó la noche entera perdiendo y recobrando el sentido; un paciente más entre muchos otros.

Gaudí deseaba morir entre la gente sencilla, y aunque un enviado del alcalde ofreció trasladar el herido a una clínica privada más lujosa, fue rechazada con educación. Permanecía casi en completo silencio, con la respiración entrecortada y puntuada tan sólo por profundos suspiros de «Jésus, Déu meu!», y con la mano derecha, apoyada con suavidad sobre un pañuelo blanco, aferrando un crucifijo. El 10 de junio Antonio Gaudí fallecía.

Gaudí entendió con su peculiar humildad cristiana que todos debemos intentar, dentro de las fronteras de nuestros propios dones o limitaciones, representar un papel dentro del gran diseño de Dios, ya sea ese papel grande o pequeño.

Un aspecto fundamental del genio de Gaudí lo constituían las absolutas e incondicionales exuberancia y generosidad de su obra. Las estructuras y significados complejos siempre estaban ocultos bajo una explosión de texturas y colores y un diseño seductor. Y aun así ningún otro arquitecto en la historia nos ha producido tanto placer y tanta alegría.●

La Eucaristía en medio de la persecución

M. Mar Araus

En las sociedades actuales, en las que vivir y testimoniar la fe parece volverse cada vez más difícil por la «dictadura ideológica» y rancio sectarismo que estamos viviendo, ofrecer testimonios de hombres y mujeres que han vivido su fe en la persecución, aguantando incluso tortura y crueles castigos, hasta conducirles al borde de la muerte, se convierte en un gran estímulo para nosotros. Queremos presentar la experiencia bajo el régimen comunista, de un sacerdote jesuita albanés, el padre Anton Luli (1910-1998). Cuando el papa San Juan Pablo II celebró los cincuenta años de sacerdocio, el padre Luli le contó lo que había padecido: «Me sorprende de haber podido soportar tanto sufrimiento, con una fuerza que no era la mía, conservando una serenidad que no podía tener otro origen que el corazón de Dios».

Se ha escrito y se conoce mucho sobre el terror sufrido en los campos de concentración nazi. Especialmente sobre el holocausto a los judíos. Un poco menos se conoce la persecución religiosa sufrida en regímenes totalitarios, tanto de un signo como de otro. Si algo caracteriza un régimen totalitario es que todo aquel que se salga de su pensamiento o no comulgue con sus formas de vida será privado de su libertad, aunque no de su conciencia.

Y seguimos repitiendo la historia... de forma cada vez más sutil y sibilina. En el siglo XXI, una de las tácticas que está utilizando el totalitarismo para penetrar, manipular y deformar nuestra conciencia es revestir el mal en forma de bien.

En el año 1946, Antón Luli acababa de ser ordenado sacerdote en Albania. País que sufría la dictadura comunista y una de las persecuciones religiosas más brutales. Muchos sacerdotes fueron fusilados muriendo mártires de la fe.

A pesar de la cruenta persecución, el padre Luli, siguió celebrando la Eucaristía, a pesar de estar prohibida: «A mí el Señor me pidió, por el contrario, que abriera los brazos y me dejara clavar en la cruz y así

celebrara, en el ministerio que me era prohibido y con una vida transcurrida entre cadenas y torturas de todo tipo, mi Eucaristía».

El 19 de diciembre de 1947 fue arrestado acusándosele de agitación y propaganda contra el gobierno. Así lo testimonia él mismo: «Viví diecisiete años de cárcel estricta y muchos otros de trabajos forzados. Mi primera prisión, en aquel gélido mes de diciembre en una pequeña aldea de las montañas de Escútari, fue un cuarto de baño, lleno de excrementos. Allí permanecí nueve meses, obligado a estar agachado sobre excrementos endurecidos y sin poder enderezarme completamente

por la estrechez del lugar. La noche de Navidad de ese año -¿cómo podría olvidarla?- me sacaron de ese lugar y me llevaron a otro cuarto de baño en el segundo piso de la prisión, me obligaron a desvestirme y me colgaron con una cuerda que me pasaba bajo las axilas. Estaba desnudo y apenas podía tocar el suelo con la punta de los pies. Sentía que mi cuerpo desfallecía lenta e inexorablemente. El frío me subía poco a poco por el cuerpo y, cuando llegué al pecho y estaba para parármelo el corazón, lancé un grito de agonía. Acudieron mis verdugos, me bajaron y me llenaron de puntapiés. Esa noche, en ese lugar y en la soledad de ese primer suplicio, viví el sentido verdadero de la Encarnación y de la cruz.»

Padeció las torturas más despiadadas: «Con mucha frecuencia me torturaban con la corriente eléctrica: me metían dos alambres en los oídos. Era una cosa horrible. Durante un tiempo me amarraban las manos y los pies con alambres, y me echaban al suelo en un lugar oscuro, lleno de grandes ratas que me pasaban por encima sin que yo pudiera evitarlo. Llevo todavía en mis muñecas las cicatrices de los alambres que se me incrustaban en la carne. Vivía con la tortura de permanentes interrogatorios, acompañados de violencia física. Recordaba entonces los

golpes sufridos por Jesús al ser interrogado por el Sumo Sacerdote».

«Una vez me colocaron delante un papel y un bolígrafo y me dijeron: “Escribe una confesión de tus crímenes y, si eres sincero, podríamos hasta mandarte a casa”. Para evitar golpes y bastonazos empecé a llenar alguna página con los nombres de muertos o de fusilados, con los que nunca tuve nada que ver. Al final añadí: “Todo lo que he escrito no es verdadero, pero lo he escrito porque me obligaron”. El oficial empezó la lectura con una sonrisa de satisfacción, seguro de haber logrado su objetivo, pero cuando leyó los últimos renglones, me golpeó y, blasfemando, ordenó a los policías que me llevaran fuera, gritando: “Sabemos cómo hacer hablar a esta carroña”».

«Al salir de la prisión, me enviaron a trabajos forzados como obrero en una finca estatal: me pusieron a trabajar en la recuperación de los pantanos. Era un trabajo fatigoso y con la poca alimentación que teníamos se nos reducía a gusanos humanos: cuando uno de nosotros caía extenuado, le dejaban morir. Pero en aquella etapa logré decir misa de manera clandestina y conseguí un poco de vino y algunas formas, pero no podía confiar en nadie ya que si me descubrían, me hubieran fusilado. En este trabajo en los pantanos estuve 11 años».

«El 30 de abril de 1979 me arrestaron por segunda vez, me registraron y me llevaron a la ciudad de Scurati. No tenía conmigo más que el rosario, un cortaplumas y el reloj. Después de la requisa me tiraron al suelo de una celda. Me daba cuenta de que me dirigía a un nuevo calvario; pero de improviso la desolación dio paso a una extraordinaria experiencia de Jesús. Era como si Él estuviera allí presente, de frente a mí, y yo le pudiera hablar».

«Comenzaron de nuevo las torturas y otro proceso: el 6 de noviembre de 1979 me condenaron a morir fusilado».

«Prácticamente he conocido la libertad a los 80 años, cuando en 1989 pude celebrar la primera Misa en libertad. Pero hoy, recorriendo con mi pensamiento mi propia existencia, me doy cuenta de que la misma ha sido un milagro de la gracia de Dios y me sorprende de haber podido soportar tanto sufrimiento, con una fuerza que era la mía, conservando una serenidad que no podía tener otra fuente que el corazón de Dios».

Siempre sintió una ayuda “extraordinaria”: «Pero en esos sufrimientos tuve a mi lado y dentro de mí la consoladora presencia del Señor Jesús, sumo y eterno sacerdote, a veces, incluso, con una ayuda que no puedo menos de definir “extraordinaria”, pues era muy grande la alegría y el consuelo que me comunicaba».

«Nunca he guardado rencor hacia los que, humanamente hablando, me robaron la vida. Después de la liberación, me encontré por casualidad en la calle con uno de mis verdugos: sentí compasión por él, fui a su encuentro y lo abracé».


«Me liberaron en la amnistía del año 1989. Tenía 79 años. Por fin pudo celebrar la Eucaristía en libertad y sin restricciones».

«Esta es mi experiencia sacerdotal en todos estos años; una experiencia, ciertamente, muy particular con respecto a la de muchos sacerdotes, pero desde luego no única: son millares los sacerdotes que en su vida han sufrido persecución a causa del sacerdocio de Cristo. Experiencias diversas, pero todas unificadas por el amor. El sacerdote es, ante todo, una persona que ha conocido el amor; el sacerdote es un hombre que vive para amar: para amar a Cristo y para amar a todos en Él, en cualquier situación de vida, incluso dando la vida».

El padre Antón Luli S.J. murió en Roma el 10 de marzo de 1998 a la edad de 88 años. Venció el totalitarismo con la única arma que puede derrotar cualquier monstruosidad que niegue y mate la dignidad de las personas: fidelidad, fe y valentía. Como dice el padre Antón Luli: «nosotros salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó».●



El padre jesuita Anton Luli celebrando misa en las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Dajc, una de tantas destruidas por el régimen comunista de Enver Hoxha. Fotografía de Llesh Prendi (24 enero 1991).

A close-up photograph of a young boy with dark skin and short hair, looking intently over a thick, braided rope barrier. He is wearing a dark jacket. The background is slightly blurred, showing other people and a red garment. The lighting is natural, suggesting an outdoor setting.

**«No lo olvidemos:
quienes vienen de
fuera nos traen un
inmenso tesoro,
rejuvenecen con
sangre nueva nuestra
vieja Europa y nos
abren al desafío de la
diversidad, que tiene
tanto que ver con el
Dios Trinidad.».**

*(Carta Pastoral de los obispos de
las Diócesis de Canarias y Tenerife.
"Escuchar el eco de Lampedusa en
las islas Canarias" 15/11/2020)*



Familias venezolanas exiliadas a causa del hambre y la violencia engendrada por un régimen totalitario, apoyado por Rusia, Turquía, China, Cuba...

Familias migrantes huyendo de la violencia islamista de Oriente medio:

tratan de entrar en Turquía, convertida en el carcelero de la Unión Europea



...insano populismo ... al servicio de su proyecto personal y de su perpetuación en el poder ... en un avasallamiento de las instituciones y de la legalidad. (159)

tendencias que buscan homogeneizar el mundo, ... expoliación, donde los pobres son los que siempre pierden. (52)



Esclavitud infantil en las peligrosas minas de tierras raras de África
esenciales para el proceso productivo de las multinacionales de China, EE.UU., UE

Fratelli tutti

¿Qué has hecho de tu hermano?

(Gn 4,9)

...una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite
(1)

Ancianos fallecidos en el abandono durante la pandemia,
víctimas de un utilitarismo que mide el valor de la vida humana por su juventud y su fortaleza

... en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos. (39)

... ancianos que murieron por falta de respiradores, en parte como resultado de sistemas de salud desmantelados año tras año. (35)

